

Joaquin Enrique Campe nació en Deusen, en el principado de Brunswick-Wolfembutel, en el año de 1746. Sus padres que, le destinaban al estado eclesiástico, le enviaron así que recibió la primera educacion á la universidad de Halle, donde continuó el curso de sus estudios sérios, alternando con el de la amena literatura, á la que siempre tuvo decidida aficion. Publicó algunas composiciones en los periódicos literarios de Alemania, aunque sin darse á conocer, ya porque no tuviese la mayor confianza en aquellos primeros ensayos, ya porque los considerase como impropios de las funciones que habia de ejercer. Campe se halló bien pronto en estado de enseñar lo que habia aprendido: en 1773 obtuvo la plaza de capellan de un regimiento prusiano de guarnicion en Postdam, y en virtud de una recomendacion del duque de Brunswick para el gran Federico; pero disgustado con permanecer al servicio de Prusia, aprovechó la primera ocasion de volver á su país, que habia de ser el teatro digno de su talento. En 1776 fué nombrado director del colegio de Dessau, y un año despues fundó el establecimiento de Hamburgo, floreciente colegio que en breve no pudo contener el número de discípulos que solicitaban recibir las lecciones del sabio profesor. Campe para restablecer su salud, dejó este colegio cuando ya era citado como el modelo de todos los de Alemania, y se retiró á gozar de la vida sosegada del campo.

El duque de Brunswick, que era á un mismo tiem-

po el soberano y el justo apreciador del mérito de Campe, le nombró consejero de escuelas en todo el ducado, y canónigo de San Ciriaco, dignidades que le obligaron á dejar su retiro y emprender nuevas y útiles ocupaciones, á las que se agregó la de dirigir la librería de educacion de Brunswick. Campe hizo un viaje á Francia en 1789, mereciendo que la Asamblea nacional le confiriese los derechos y el título de ciudadano francés. Vuelto á su patria y muchos años despues, el colegio electoral de Westphalia, formado por Napoleon en favor de su hermano Gerónimo, le nombró individuo de los Estados del reino por el orden de los sabios. No era la política el terreno que Campe apetecia, por lo que logrando volver á la vida privada, se dedicó á la conclusion de sus obras, cuando le sorprendió la muerte el 22 octubre de de 1818.

Campe publicó muchas obras que han fijado su reputacion, y lo mas, han acreditado su superioridad en ese género especial de composicion que pone los arcanos de la ciencia al alcance de los niños, y hace que la rigidez de los preceptos se suavice con la amenidad de las formas y el estilo. Tales fueron: LAS FACULTADES DE QUE ESTÁ DOTADA EL ALMA HUMANA, y la PSICOLOGIA PARA LOS NIÑOS. Publicó el THEOPHRON ó EL GUIA DE LOS JÓVENES, y su LIBRO DE MORAL PARA LA INFANCIA obtuvo en Hamburgo un éxito prodigioso. Ninguna empero de sus obras en este género puede compararse al ROBINSON CRUSOE, puesta en diálogos, obra conocida

de todos los niños del mundo, pues se halla traducida hasta al idioma turco, y que ha puesto el nombre de Campe entre los de los escritores que mas se han distinguido por sus trabajos en favor de la infancia. En el género político publicó Campe sus CARTAS ESCRITAS DESDE PARIS DURANTE LA REVOLUCION, y deseoso de restituir al idioma aleman su primitiva pureza, escribió el DICCIONARIO DE LAS PALABRAS QUE NO SON ALEMANAS. Por último, Campe se hizo tambien acreedor á la estimacion de los sabios y al recuerdo de la posteridad con su HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA.

Abraza esta obra los importantes sucesos del descubrimiento y de la conquista, cuanto es posible hacerlo en un cuadro de reducidas dimensiones. Consta la historia general de América de tres grandes empresas á que pueden referirse las de menor importancia, de tres heróicas expediciones simbolizadas con los nombres de Colon, de Cortés y de Pizarro. Estos ilustres varones personificando cada uno sus empresas, que acaso sobrepujan á las mas celebradas de la antigüedad, como que reclaman tambien alguna distincion al referirlas; distincion que por otra parte la exige el mismo orden cronológico. Sin duda este es el motivo que ha inducido á Campe á dividir su obra en tres partes correspondientes á los nombres de aquellos tres héroes.

Vemos primeramente á Cristóbal Colon luchando impávido con toda clase de obstáculos, antes de

lanzarse á un mar desconocido, para dar un nuevo mundo á los ingratos gobiernos europeos, y despues de conseguido el triunfo, morir olvidado siendo desatendidos sus servicios, y sin haber dejado impuesto su nombre á la tierra que Dios habia prometido á sus desvelos. Esta primera parte, que abraza los descubrimientos y los trabajos del célebre piloto, se halla tratada con alguna mas extension en la obra de Campe; lo que hasta cierto punto es una ventaja, pues de Colon es de quien menos documentos y noticias tenemos en castellano.

Aparece luego en la escena el valiente y afortunado Hernan Cortés. La sagacidad con que supo eludir las persecuciones de Velazquez, su impetuosidad en Tabasco, la destruccion de su armada en Veracruz, la prudencia y valor con que sujetó á los indomables tlaxcaltecas, su audaz entrada en Méjico, la prision de Moctezuma, la derrota de Narvaez, la batalla de Otumba y la rendicion de Méjico, son otros tantos hechos tan extraordinarios, que á no estar confirmados por la historia, parecerian fantásticas invenciones de novela. Estos hechos constituyen la segunda parte de la obra, hasta que Cortés terminu su gloriosa carrera, olvidado de sus contemporáneos y víctima de la régia ingratitud.

Llega, en fin, Francisco Pizarro, y este aventurero de humilde origen, elevado de improviso á la cumbre del poder y hecho dueño del país mas rico del universo; este hombre á quien no pudieron dominar ni las fuerzas reunidas de los indios, ni los

obstáculos que naturaleza opone algunas veces á los temerarios conatos de los hombres, sucumbe al fin, no á los enemigos de su religion y de su patria, sino á las desgracias de una guerra civil, encendida entre aquellos mismos españoles que llevaron su victorioso estandarte á tan remotas regiones, para dar á sus moradores el funesto espectáculo de enrojecer con su propia sangre los trofeos de sus victorias.

Los acontecimientos parciales y las noticias relativas á los demás conquistadores que no han logrado colocarse en primera línea, van oportunamente colocados en esta obra, guardando en lo posible el orden de los tiempos, y reducidos á sus tres principales partes, para dar unidad á todo el conjunto.

Seguros ya de que esta obra va á ocupar un lugar de preferencia en la biblioteca de todas las personas eruditas, nos lisonjea tambien la idea de que contribuirá á popularizar en todas las clases de la sociedad el conocimiento de uno de los mas grandes sucesos de nuestra historia, sirviendo como de introduccion á la lectura de las que hay escritas sobre acontecimientos particulares de América, facilitando su comprension y ayudando á eslabonar los hechos y compararlos entre sí. Aun las personas que ni pueden ni deben dedicarse á estudios sérios, encontrarán en esta obra conocimientos de aquellos que á nadie está bien ignorar, presentados bajo una forma amena é interesante. No es solo una árida narracion de hechos históricos; el autor anima y ha-

ce hablar á los personajes, y aun en los mismos hechos se nota aquel colorido poético que tanto embellece la narracion. Las producciones naturales y las curiosidades del país se hallan tambien descritas.

La religion y las costumbres de los indígenas se hallan tambien bosquejadas; aunque en este último particular, si nuestro débil voto ha de servir en la materia, no hubieran estado demás algunos detalles acerca del grado de civilizacion que alcanzaban los indios, y el estado en que se hallaba su país cuando fué descubierto é invadido por los españoles. Cuestion es esta por largo tiempo debatida, que mas de una vez ha fijado la atencion de las corporaciones científicas, y que no se halla todavia suficientemente resuelta.

Presentaban entonces los diferentes pueblos de América, y particularmente los dos grandes imperios de Méjico y del Perú, una singular variedad en sus costumbres. Algunas de estas eran propias y tal vez las mismas de los países que han llegado á la mas alta civilizacion, mientras que otras eran propias de los tiempos primitivos de la sociedad. Horrorizan por su barbarie algunas de estas costumbres, y el conjunto de ellas, incapaz de dar una idea exacta del estado moral de los americanos, ha hecho por la misma causa que se difundan acerca de ellos muchos errores.

Segun algunos, los indígenas del Nuevo-Mundo constituian pueblos inocentes y apacibles y sencillas

costumbres, y de una credulidad de que tan perfectamente supieron abusar los conquistadores. Según otros, la civilizacion y las costumbres de aquellos pueblos se hallaban en el mismo estado que en las naciones europeas. Ambas opiniones nos parecen igualmente exageradas.

En cuanto á la pretendida candidez y pacífica índole de los indios, baste citar para desvanecerlas los actos feroces de crueldad que con ellos mismos cometian, y con los que tanto se ensañaron con los prisioneros españoles. En varios pasajes de esta historia, y particularmente en la conspiracion de Cholula y en la defensa de Méjico, se ve que tampoco carecian de sagacidad y de aquel disimulo tan necesario para llevar á debida ejecucion un plan pérfidamente concebido. Tocante al extremo contrario, ó sea el de su avanzada civilizacion, daremos algunos pormenores, sin pretensiones de rivalizar ni de suplir defectos del autor, sino de aumentar la amenidad de la obra.

No parece que databan desde muy antiguo las monarquías que hallaron los españoles establecidas á su llegada al Nuevo-Mundo. El gobierno de sus naturales fué por mucho tiempo benigno y patriarcal, y el poder residia mas ó menos limitado en los jefes ó cabezas de las tribus, á los que confundieron los españoles con el nombre genérico de caciques. En estos mismos jefes nació el deseo de aumentar su territorio, y ejecutándolo á costa de sus vecinos, destruyeron su independenciam, y haciéndolos tribu-

tarios, como que ya se erigieron en soberanos y dominadores de aquellos países. Pero todavía no tenia este sistema de gobierno aquel carácter despótico y cruel que adquirió despues, cuando algunos osados conquistadores extendieron prodigiosamente los limites de su dominio, y fundaron imperios y monarquías que dejaron vinculados á sus sucesores. Es verdad que la corona se reputaba como electiva, y que los grandes y poderosos tenian y usaban su derecho de eleccion; pero esta recaia siempre en un individuo de la familia del monarca difunto, prefiriendo entre todos al mas capaz. Ninguno entre estos déspotas de poder ilimitado se distinguió tanto, ni fué tan aborrecido de sus vasallos como el último emperador de Méjico, Motezuma, príncipe que tan débil é irresoluto se manifestó con los españoles, pero que tantas pruebas tenia dadas de valor y de talento.

El gobierno de los pueblos de América era por consiguiente monárquico, si se exceptúa el de los belicosos tlascaltecas, que en medio de la rudeza de sus costumbres ofrecian el ejemplo de una república tan perfecta, como pudiera serlo la forma de gobierno que se conoce con este nombre en los países civilizados de Europa.

Muchas ceremonias se verificaban cada vez que un nuevo soberano subia al trono de sus mayores; pero lo mas notable era la obligacion que tenia el nuevo soberano de salir á campaña y volver triunfante de los enemigos del imperio, sin cuyo requisito no se

verificaba su coronación. Cuando no había enemigos declarados, era forzoso invadir alguna de las provincias limítrofes, y esto, además de ensanchar los límites del imperio, proporcionaba el suficiente número de víctimas humanas que era necesario para los sacrificios.

El fausto de la casa real y la pompa que rodeaba el trono del monarca eran extraordinarios, como que en estas demostraciones exteriores, acompañadas de singular etiqueta, creían consistiese todo el prestigio de la soberanía. La ostentación y magnificencia con que Motezuma y Atahualpa salieron á recibir á Cortés y Pizarro, pueden dar un idea del lucido acompañamiento, numerosos dependientes y guardadores de aquellos monarcas. Los emperadores tenían sus consejeros á quienes consultaban en los negocios arduos, y muchos funcionarios que recorriesen las provincias para recoger los tributos que tenían que aprontar los caciques subalternos, los que no podían ejecutarlo sino á costa de sus vasallos. Los tributos se pagaban en productos naturales de los diferentes países, y también en obras de la industria de sus habitantes: los que eran tan pobres que nada absolutamente tenían que dar, contribuían con sus fuerzas físicas conduciendo aquellos tributos hasta el tesoro del emperador. Las embajadas de un pueblo á otro se verificaban con mucha magnificencia, y los embajadores disfrutaban un carácter sagrado é inviolable con tal que no se apartasen del camino que debían llevar. Había mucha

distinción de jerarquías en las diversas clases del Estado: los nobles constituían una parte muy principal, y para conseguir, así los títulos de nobleza, como las dignidades, que solían ser hereditarias, tenían que sujetarse los aspirantes á unas pruebas que acreditasen su virtud, su constancia y su valor. Estas pruebas eran mas largas y difíciles cuando se trataba de los supremos grados de la milicia ó de la primera dignidad del Estado.

Las leyes eran pocas, pero muy severas. Las penas y castigos que despues tuvieron que adoptar los españoles, porque otros mas suaves no hubieran producido efecto, fueron tomados de las mismas costumbres, con fuerza de ley establecidas entre los indios. La pena de muerte alcanzaba entre ellos á muchos delitos que merecen poco castigo en Europa, y los criminales eran ahorcados, descuartizados ó quemados vivos, segun la gravedad de su culpa.

Esta ferocidad que caracterizaba particularmente á los mejicanos en sus guerras y en su legislación, se notaba todavía mas en sus ceremonias religiosas. No hay cosa mas bárbara ni mas sanguinaria que estas ceremonias, en las que la crueldad se hallaba, por decirlo así, sistematizada en plazos fijos y ejercida por una innumerable multitud de personas, entre sacerdotes, sacrificadores, adivinos, músicos ó cantores, guardas y otros ministros inferiores de los muchísimos adoratorios que había en el imperio. En el Perú, donde el culto no era sanguinario ni se representaban las divinidades bajo formas espantosas,

capaces solo de inspirar horror, todavía estaban admitidos muchos errores de aquellos que suponen grande atraso en las cualidades morales del hombre y que mas entorpecen los progresos de su civilización. ¡Cosa por cierto muy singular! Los habitantes del vasto imperio de Méjico, á quienes se concede la supremacía sobre todas las tribus enteramente salvajes, eran al mismo tiempo los que en sus costumbres y en sus ceremonias religiosas daban pruebas de la mayor ferocidad.

Tal era el estado de la civilización de los indios, sin que sea necesario rebajarle, y menos exagerarle, para realzar el mérito de la conquista. Todo cuanto se ha dicho por algunos autores, respecto de teatros públicos, colegios y otras instituciones propias de los países civilizados, hay que leerlo con mucha desconfianza. Las celebradas pinturas de los mejicanos, mas que por su mérito artístico, lo han sido por la sorpresa que causaron á los españoles. El esplendor de las cortes de Méjico y del Perú, la grandeza de algunas ciudades y la perfeccion de algunos edificios, parece efectivamente que revelan un estado de cultura, incompatible con las bárbaras costumbres de los pueblos. Sabido es que muchos de estos, particularmente los que vivian errantes ó en islas apartadas, andaban continuamente á caza de carne humana para satisfacer sus feroces apetitos, y aun los que vivian sujetos al dominio de los grandes emperadores, no se libertaban del tributo de víctimas que era forzoso satisfacer en las aras de

los dioses. El despotismo inaudito de los soberanos era tal, que disponian de vidas y haciendas de sus vasallos, que no osaban mirarlos á la cara. Los españoles sacaron á los indios de semejante estado de abyeccion, desterraron los horribles sacrificios de sangre humana con la introduccion del Evangelio, y en cambio del oro y de la plata, dieron á los americanos otras producciones útiles de que carecian. Diéronles tambien leyes sábias y justas, en las que los indios siempre eran considerados como menores de edad.

Todos estos beneficios han sido desconocidos y olvidados, contribuyendo no poco á ello los extranjeros con sus violentas declamaciones. Bien conocidas son las equivocaciones en que incurren al hablar de nuestros asuntos, y lo desgraciados que son para trascribir con exactitud nuestros nombres propios; pero en la cuestion de América incurren además en defectos hijos del interés y de la mala fe. Aunque Campe no sea ciertamente á quien mas haya que tildar con este motivo, con todo el esmero que hemos procurado poner en la traduccion, no nos ha dejado pasar sin enmienda algunas inexactitudes. Bajo este supuesto, nos hemos tomado la libertad de rectificar directamente el original, así en la fecha de algunos sucesos, como en la ortografia de algunas palabras. Tambien hemos agregado notas al pasaje que nos ha parecido obscuro ó que de precision las necesitaba, sin que por esto sea nuestro ánimo cargar con la responsabilidad de los sucesos que no vayan a no-

tados, ni dar á entender que con las notas se ha completado enteramente la historia de América. Trabajo era este que nunca pudiera completarse por medio de notas, á las que poco aficionados, solo las hemos puesto donde eran casi de absoluta necesidad.

Por desgracia no han faltado borrones que empañen el brillo de nuestras conquistas; pero entre referir los hechos con la imparcialidad que requiere la gravedad histórica, y despojarlos de la animosidad con que los recarga la envidia extranjera, hay un término medio que hemos procurado conciliar. Hacerlo así, mas que obligacion era una gustosa tarea, para quien ya tiene dadas algunas pruebas de su interés por las glorias de España.

F. F. VILLABRILLE.

PRIMERA PARTE.

CRISTOBAL COLON.

I.

Nacimiento de Cristóbal Colon.—Su infancia.—Su educacion.—Sus estudios en la universidad de Pavia.—Primeras campañas.—Un abordaje.—Colon en Lisboa.—Sus proyectos.—Su matrimonio.—Su permanencia en Madera.—El médico de Florencia.—Proposiciones de Colon á la república de Génova, á las cortes de Lisboa, Londres y España.—Ignorancia de sus jueces.—El superior de un convento español.—Nueva repulsa de la corte de España.—Consecuencias de la conquista de Granada.—Regreso triunfal de Colon.—Firmase el tratado con el gobierno español.

ENTRE los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su génio, hay uno que ha merecido por excelencia el renombre de grande.